

CLÁSICOS
A MEDIDA

El conde Lucanor

Don Juan Manuel

Adaptación de Francisco Alejo Fernández
Ilustraciones de Jesús Alonso Iglesias

ANAYA

Introducción	5
De lo que le sucedió a un rey con un consejero suyo (<i>Ejemplo I</i>)	15
De lo que le sucedió a un buen hombre con su hijo (<i>Ejemplo II</i>)	23
De lo que le sucedió a un zorro con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico (<i>Ejemplo V</i>)	29
De lo que le sucedió a la golondrina con las otras aves cuando vio sembrar el lino (<i>Ejemplo VI</i>)	33
De lo que le sucedió a una mujer a la que llamaban doña Truhana (<i>Ejemplo VII</i>)	37
De lo que le sucedió a un hombre que por pobreza y falta de otra cosa comía altramuces (<i>Ejemplo X</i>)	41
De lo que le sucedió a un deán de Santiago con don Illán, el gran mago de Toledo (<i>Ejemplo XI</i>)	45
Del milagro que hizo santo Domingo cuando predicó un sermón en el entierro de un usurero (<i>Ejemplo XIV</i>)	53
De lo que le sucedió a don Pedro Meléndez de Valdés cuando se rompió una pierna (<i>Ejemplo XVIII</i>)	57
De lo que le sucedió a un rey con un hombre que le dijo que era alquimista (<i>Ejemplo XX</i>)	61
De lo que le sucedió a un rey joven con un gran filósofo (<i>Ejemplo XXI</i>)	67
De lo que le sucedió a un rey que quería probar a sus tres hijos (<i>Ejemplo XXIV</i>)	73
De lo que le sucedió al conde de Provenza, liberado de la prisión por consejo de Saladino (<i>Ejemplo XXV</i>)	79

De lo que le sucedió a un emperador y a don Álvaro Fáñez Minaya con sus mujeres (<i>Ejemplo XXVII</i>)	91
De lo que le sucedió a un zorro que se echó en la calle y se hizo el muerto (<i>Ejemplo XXIX</i>)	107
De lo que le sucedió al rey Abenabet de Sevilla con Ramaiquía, su mujer (<i>Ejemplo XXX</i>)	111
De lo que le sucedió a un rey con unos burladores que le hicieron una tela (<i>Ejemplo XXXII</i>)	115
De lo que le sucedió a un mozo que se casó con una mujer muy fuerte y muy brava (<i>Ejemplo XXXV</i>)	121
De lo que le sucedió a un hombre que se hizo amigo y vasallo del Diablo (<i>Ejemplo XLV</i>)	129
De lo que le sucedió a uno que probaba a sus amigos (<i>Ejemplo XLVIII</i>)	135
De lo que le sucedió al que echaron desnudo a una isla cuando le quitaron su señorío (<i>Ejemplo XLIX</i>)	141
Apéndice	145



Introducción

La sociedad medieval en *El conde Lucanor*

En este libro de cuentos, escrito por el infante don Juan Manuel en el siglo XIV, encontramos la Edad Media en todo su esplendor y en toda su miseria. Se reflejan en estos extraordinarios relatos las costumbres de una sociedad hasta cierto punto extraña para nosotros y, desde luego, muy distinta de la imagen que de ella nos ha transmitido el cine.

A pesar de la rígida estructuración social de la Edad Media, los tipos humanos que aparecen en esta colección de cuentos son muy diversos. El mundo nobiliario aparece representado por el conde Lucanor y, puesto que también asoma aquí su figura, por su autor y, claro está, por algunos de los protagonistas de los relatos, que pertenecen a ese estamento social. Pero en las páginas de este hermoso libro también nos encontraremos clérigos, santos, ladrones, honrados labradores, reyes moros en suntuosas cortes, humildes familias moras preocupadas por

problemas cotidianos, magos y hechiceras, pícaros y estafadores e, incluso, al mismo diablo.

Veremos también imágenes de la guerra, combates entre caballeros para defender el honor de una dama, reflejos de la vida de las mujeres y de los niños, las peregrinaciones a Tierra Santa, los grandes problemas morales y éticos de la época, no tan distintos de los nuestros como cabría pensar, pero también las simples preocupaciones de cada día, las vestimentas medievales, el arte de la cetrería...

El didactismo de los cuentos

Los cuentos de don Juan Manuel son verdaderas obras de arte, gran literatura, pero, cuando este gran señor medieval los escribió, no solo tenía propósitos artísticos, sino que pretendía, sobre todo, enseñar, difundir lecciones morales. Para don Juan Manuel la escritura estaba necesariamente asociada al didactismo y a la propagación de unas verdades que, evidentemente, son las de su propia clase social, porque el infante escribe desde la perspectiva de un gran señor de la época y para los de su misma condición social.

Desde muy pronto, tanto los críticos como los lectores percibieron que en esos ejemplos, además de lecciones sobre el comportamiento humano, había unos relatos de una calidad literaria extraordinaria. En este sentido, la obra de don Juan Manuel es la culminación de toda la riquísima cuentística medieval. No hay un libro como este. Algunas de sus narraciones son insuperables, como el cuento de don Illán (Ejemplo VII). Así, no es de extrañar que don Juan Manuel haya sido admirado por escritores tan rigurosos como Baltasar Gracián o, pasando a la modernidad, Jorge Luis Borges.

Los cuentos propiamente dichos surgen siempre de una pregunta formulada por un gran señor, el conde Lucanor, a Patronio, su consejero, pero, en muchas ocasiones, mientras estamos leyendo el relato que este cuenta para poner un ejemplo de cómo comportarse en determinada situación, sentimos que el autor se ha olvidado de la lección moral y anda afanado en la diversión que le está produciendo la escritura de su cuento. Nos parece como si, por un momento, la literatura se hubiera apoderado de la pluma de don Juan Manuel y, entregándose de lleno al arte de narrar, se hubiera olvidado de la lección moral.

Por supuesto, hay que tener en cuenta esa función didáctica del relato, pero, como lectores modernos, no podemos evitar sentir admiración por el gran cuentista que fue don Juan Manuel y atenuar la importancia de unas píldoras didácticas no muy diferentes de las que podríamos encontrar en cualquier otra colección de cuentos medievales. No debemos olvidar que tanto el contenido didáctico como el propio argumento de muchos de los cuentos de don Juan Manuel pertenecen a la tradición de la Edad Media.

Algunas de esas narraciones son fábulas, sobre cuya función casi exclusivamente didáctica apenas se puede dudar; sin embargo, el infante los dota de la calidad literaria que nunca hubieran tenido sin su intervención, aplicándoles su sabiduría narrativa, es decir, su capacidad para contar.

La conciencia de autor de don Juan Manuel

No hay que olvidar ni restar importancia al hecho de que don Juan Manuel fue nieto del rey Fernando III el Santo y sobrino de Alfonso X el Sabio, cuya labor como constructor del idioma con-

tinuó el infante. Este es otro de los grandes méritos del escritor. Pero no sabemos si esta palabra, *escritor*, es la más adecuada, a pesar de que la crítica ha señalado siempre la conciencia que tuvo como autor este noble poderosísimo y rebelde, que nunca se llevó bien con ningún rey de Castilla. Su preocupación por la correcta transmisión de su obra le hace guardar, con todo el celo del mundo, una copia de sus manuscritos. El fuego, sin embargo, se encargó de que no llegaran hasta nosotros tal y como él quiso.

Es, pues, don Juan Manuel uno de los principales creadores del cuento, un subgénero narrativo muy importante en la Edad Media por su capacidad para transmitir lecciones morales. La independencia del cuento, y en general de todos los géneros literarios, del didactismo (al menos de un didactismo explícito) ha sido un proceso lento que, hasta casi nuestros días, no ha concluido. Cuando, como ocurre en el caso de don Juan Manuel, la calidad literaria de la narración es muy superior al entramado didáctico, el impulso del cuento como género fundamentalmente artístico aumenta.

Pero el cuento no es inferior a la novela, el género narrativo por excelencia. La brevedad de aquel, su capacidad para la condensación, la necesidad del narrador de ir «directamente al grano» le da una potencialidad extraordinaria y muy distinta de la de la novela, que puede demorarse más en las descripciones, en el diseño de los personajes y en los vericuetos de la trama. El cuento tiene que resolver todo eso en muy pocas páginas. Así consigue este género esa capacidad de afectar de modo inmediato la sensibilidad de los lectores, de dejarlos asombrados, de dibujar una imagen certera del mundo.

Por tanto, disfrutemos de la lectura de los cuentos de *El conde Lucanor*, de su variedad, de sus personajes, que cobran

vida con medios literarios muy económicos, pero eficaces, de las curiosas costumbres medievales... Disfrutemos sintiendo que ese mundo no es, después de todo, tan distinto del nuestro, pues tanto en uno como en otro, el ser humano termina enfrentándose, en las encrucijadas de la vida, a dilemas ante los que tiene que tomar una decisión. De eso sí podemos seguir aprendiendo.

Esta edición

La adaptación de *El conde Lucanor* que ofrecemos en esta edición no presenta la versión íntegra de la obra, sino una selección de veintiún ejemplos de los cincuenta y uno que contiene la primera parte (*Libro de los ejemplos del conde Lucanor y de Patronio*) de la obra original. En el Índice de esta edición se recoge, junto al título de cada ejemplo, el número correspondiente en la obra escrita por don Juan Manuel.

Asimismo, con el objetivo de hacer más comprensible para los jóvenes lectores el complejo castellano de la época medieval, el discurso narrativo se ha simplificado, pero siendo siempre fiel al original del autor.

El conde Lucanor



De lo que le sucedió a un rey con un consejero suyo



Sucedió una vez que el conde Lucanor estaba hablando reservadamente con Patronio, su consejero, y le dijo:

—Patronio, me ha sucedido que un hombre muy importante y muy honrado y muy poderoso y que me hace ver que es muy amigo mío me dijo hace pocos días, con mucha reserva, que por algunas cosas que le habían sucedido había decidido salir de esta tierra y no volver a ella de ninguna manera, y que por el amor y la gran confianza que en mí tenía me quería dejar toda su tierra: una parte, vendiéndomela; otra, poniéndola bajo mi cuidado. Y pues esto quiere, me parece una honra muy grande y un gran beneficio para mí. Y vos, decidme y aconsejadme sobre lo que os parece este asunto.

—Señor conde Lucanor —dijo Patronio—, sé perfectamente que mi consejo no os hace ninguna falta, pero como vuestro deseo es que os diga lo que sobre esto creo y que os aconseje sobre ello, lo haré enseguida. Primeramente, os digo

que lo que os ha dicho el que pensáis que es vuestro amigo no lo ha hecho sino para probaros. Y parece que os sucedió con él lo que le sucedió a un rey con un consejero suyo.

El conde Lucanor le rogó que le dijese cómo había sido aquello.

—Señor conde —dijo Patronio—, había un rey que tenía un consejero en el que confiaba mucho. Y como no se puede evitar que los hombres que tienen buena suerte sean envidiados por los demás, sucedió que, a causa del favor del rey y de la prosperidad de la que aquel consejero gozaba, otros consejeros de aquel rey le tenían mucha envidia y procuraban enemistarle con el rey, su señor. Y aunque le dijeron muchas cosas, nunca pudieron conseguir del rey que le hiciese ningún mal, ni siquiera sembrar sospechas ni dudas sobre él ni sobre su lealtad. Y cuando vieron que de ninguna manera podían lograr lo que querían hacer, hicieron creer al rey que su consejero se afanaba en preparar su muerte y que un hijo pequeño que el rey tenía quedase bajo su poder; y una vez que él se hubiera apoderado de la tierra, prepararía la muerte del muchacho y quedaría él como señor de la tierra. Y aunque hasta entonces no habían podido conseguir que el rey albergara ninguna duda sobre su consejero, cuando le dijeron esto, su corazón no pudo aguantar más sin recelar de él, porque en los asuntos que acarrear tanto daño que no se pueden enmendar si se llevan a cabo, ninguna persona cuerda debe esperar a que haya pruebas. Y por eso, cuando el rey se sumió en la duda y en la sospecha, estaba con un gran recelo, pero no quiso hacer nada en contra de su consejero hasta que de esto tuviese alguna certeza.

Y aquellos otros que buscaban el mal del consejero hablaron al rey de una treta muy engañosa con la que podría probar que era verdad lo que ellos decían y le informaron bien de cómo

tendría que hablarle a su consejero para llevar a cabo esa treta engañosa. Y el rey se propuso hacerlo, y lo hizo.

Y al cabo de algunos días, estando el rey hablando con su consejero, entre otras cosas que hablaron, comenzó poco a poco a darle a entender que sentía muy poco aprecio por la forma de vida de este mundo y que le parecía que todo era vanidad. Y entonces no le dijo más. Y después, al cabo de algunos días, hablando otra vez con aquel consejero suyo, dándole a entender que comenzaba aquella conversación por otro motivo, le volvió a decir que cada día sentía menos aprecio por la forma de vivir en este mundo y por las costumbres que en él veía. Y estas palabras se las dijo tantos días y tantas veces que el consejero entendió que el rey no encontraba ningún placer en las honras de este mundo ni en las riquezas ni en ninguno de los bienes ni de los placeres que en este mundo había. Y cuando el rey entendió que su consejero se había dado cuenta perfectamente de su intención, le dijo un día que había pensado en dejar el mundo e ir a desterrarse a una tierra donde no fuese conocido y buscar algún lugar solitario y muy apartado en el que hacer penitencia de sus pecados, y que de aquella manera pensaba que Dios tendría misericordia de él y podría obtener su gracia para ganar la gloria del Paraíso.

Cuando el consejero del rey le oyó decir esto, se lo censuró mucho diciéndole muchas razones por las que no debía hacerlo. Y, entre otras, le dijo que si esto hiciera, haría una gran ofensa a Dios dejando a tantas gentes como las que tenía en su reino, a las que él mantenía muy bien en paz y justicia, y que era seguro que, en cuanto partiese de allí, se producirían entre ellas grandes tumultos y grandes enfrentamientos, por lo que Dios recibiría una gran ofensa y la tierra un gran daño. Y que, si por todos estos motivos no quisiese desistir de su idea, debería

desistir por su mujer y por el hijo pequeñito que dejaría, que con toda seguridad correrían gran peligro, tanto sus vidas como sus bienes.

A esto respondió el rey que antes de tomar resueltamente la decisión de partir de aquella tierra, había pensado la manera de dejar un gobierno en su tierra para que su mujer y su hijo fuesen servidos y toda su tierra protegida. Y que la manera era esta: que su consejero sabía bien que él, como rey, lo había mantenido y le había hecho mucho bien, y también que él consideraba que su consejero había sido siempre muy leal y que le había servido muy bien y con prudencia, y que, por estas razones, confiaba más en él que en nadie en el mundo y que tenía por bien dejarle a su mujer y a su hijo en su poder y entregarle y darle el mando de todas sus fortalezas y lugares del reino para que nadie pudiese hacer nada que fuese una ofensa contra su hijo. Y que, si el rey volviese alguna vez, estaba seguro de que hallaría muy bien gobernado todo lo que había dejado en su poder y que, si por desgracia muriese, estaba seguro de que serviría con lealtad a la reina, su mujer, y que criaría muy bien a su hijo y que le tendría muy protegido su reino hasta que el muchacho tuviese la edad de poder gobernarlo muy bien. Y así, de esta manera, consideraba que dejaba en orden todas sus cosas.

Cuando el consejero oyó decir al rey que quería dejar en su poder el reino y a su hijo, aunque no lo manifestó, se alegró de corazón mucho, comprendiendo que, pues todo quedaba en su poder, podría actuar como quisiese.

Este consejero tenía en su casa a un cautivo que era un hombre muy sabio y un gran filósofo. Y todas las cosas que aquel consejero del rey tenía que hacer y los consejos que él tenía que dar, todo lo hacía por consejo del cautivo que tenía en casa. Y después de que el consejero se despidiera del rey, se diri-



gió a su cautivo y le contó todo lo que le había sucedido con el rey, haciéndole ver con muy gran placer y una alegría muy grande qué afortunado era, pues el rey le quería dejar todo el reino y a su hijo en su poder.

Cuando el filósofo que estaba cautivo oyó decir a su señor todo lo que había hablado con el rey, comprendió que había caído en un gran error y comenzó a reprenderle muy duramente y le dijo que estuviese seguro de que estaban en peligro su vida y todos sus bienes, pues todo lo que el rey le había dicho no había sido porque tuviese la intención de hacerlo, sino porque algunos que lo querían mal habían convencido al rey para que le dijese aquellas palabras para ponerlo a prueba; y como el rey había comprendido que a él le interesaba el trato, que tuviese la seguridad de que su vida y sus bienes corrían un gran peligro.

Cuando el consejero del rey oyó estas palabras, lo invadió una gran angustia, pues comprendió que verdaderamente todo era tal como su cautivo le había dicho. Y cuando aquel sabio que tenía en su casa lo vio tan angustiado, le aconsejó que emplease una treta con la que poder evitar aquel peligro en que estaba. Y la treta fue esta: inmediatamente, aquella misma noche, se afeitó la cabeza y la barba y se procuró una vestidura muy mala y toda hecha pedazos como las que suelen traer los que andan pidiendo limosnas en las romerías, y un bastón y unos zapatos rotos y bien protegidos con hierro, y metió entre las costuras de su despedazada vestidura una gran cantidad de monedas. Y antes de que amaneciese, se dirigió a la puerta del rey y le dijo a un portero que encontró allí que le dijese al rey que se levantase para que se pudiesen ir antes de que la gente despertase, que él lo estaba esperando allí; y le mandó que se lo dijese al rey con mucha reserva. El portero se quedó muy mara-

villado cuando lo vio venir de esa manera, y fue en busca del rey y se lo dijo tal como el consejero le había mandado. De esto se maravilló el rey y mandó que le dejase entrar.

Cuando vio cómo venía, le preguntó que por qué había hecho aquello. El consejero le dijo que sabía perfectamente que él, su rey, le había dicho que se quería ir fuera de su tierra, y pues él así lo quería hacer, que nunca permitiese Dios que él no reconociese cuánto bien le había hecho; y que, así como de la honra y del bien que el rey tenía, él había tomado una gran parte, así era también muy de justicia que del sufrimiento y del dolor que el rey quería tomar, él también tomase su parte. Y puesto que el rey no se dolía de su mujer ni de su hijo ni del reino ni de lo que acá dejaba, que no era razonable que se doliese él de lo suyo. Y que iría con él y le serviría de manera que nadie lo descubriese y que incluso él llevaba tanto dinero metido entre sus vestiduras que les bastaría para toda su vida; y que, puesto que tenían que irse, que se fuesen antes de que pudiesen ser reconocidos.

Cuando el rey comprendió todas aquellas cosas que aquel consejero suyo le decía, juzgó que todo se lo decía con lealtad y se lo agradeció mucho, y le contó la treta por la que podría haber sido engañado y que todo aquello lo había hecho el rey para probarlo. Y así podría haber sido engañado aquel consejero por la mala codicia, mas quiso Dios protegerlo valiéndose del consejo del sabio que tenía cautivo en su casa.

Y vos, señor conde Lucanor, es necesario que evitéis ser engañado por el que consideráis como amigo, pues estad seguro de que lo que os dijo no lo hizo sino por probar qué es lo que puede esperar de vos. Y conviene que habléis con él de tal manera que entienda que queréis todo su provecho y su honra y que no tenéis codicia de nada de lo suyo, pues si no se respetan

estas dos cosas a un amigo no puede durar mucho tiempo la amistad.

El conde se dio por bien aconsejado por Patronio, su consejero, y actuó como él le había recomendado, y le dio buen resultado.

Y entendiendo don Juan que estos ejemplos eran muy buenos, los hizo escribir en este libro e hizo estos versos en los que se explica el sentido de los ejemplos. Y los versos dicen así:

*No debéis engañaros ni creer que sin fruto
alguien hace por otro un sacrificio a gusto.*

Y los otros dicen así:

*Por la piedad de Dios y con buen consejo
uno sale de penas y cumple sus deseos.*